

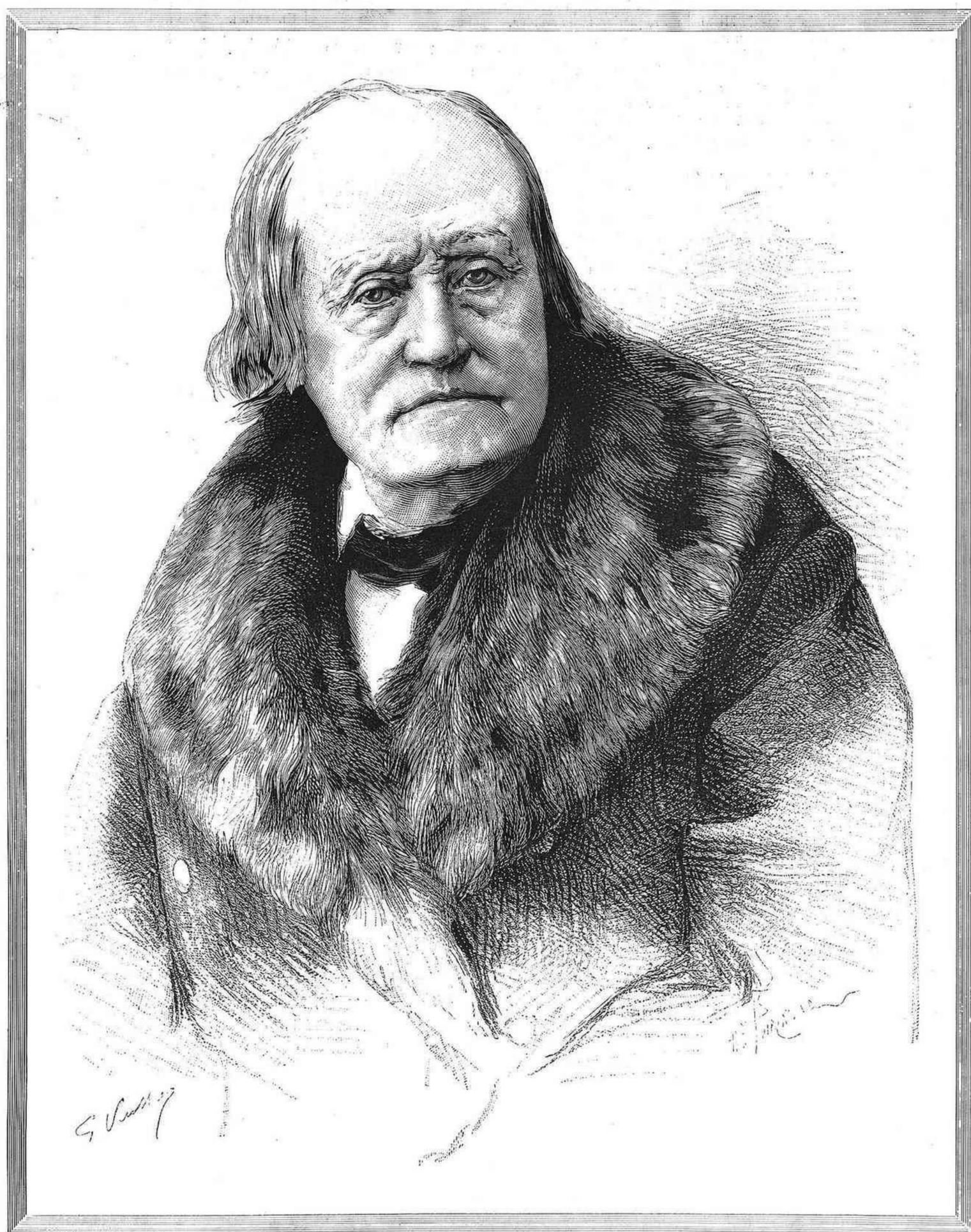


AÑO IV

← BARCELONA 31 DE AGOSTO DE 1885 →

NÚM. 192

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MILNE-EDWARDS, célebre naturalista francés † el 29 de julio último

## SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA MUERTE DE ESPARTACO, por don Emilio Castelar.—LA ÚLTIMA PALABRA DEL CREDO, por don Eduardo de Palacio.—ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA, por don Félix Rey.—LA CIENCIA ANTIGUA, por don A. R.

GRABADOS: MILNE-EDWARDS, célebre naturalista francés † el 29 de julio último.—MUERTE DE TRISTAN, cuadro por J. Goldberg.—SANTA LUCIA, dibujo por G. L. Seymour.—PUERTA DEL CASTILLO DE CARISBROOK EN LA ISLA DE WIGHT.—ORILLAS DEL LAGO, cuadro por J. Lematte.—ESTATUA MARAVILLOSA DE CIBELES.—ALTAR MARAVILLOSO.

## NUESTROS GRABADOS

## MILNE-EDWARDS

(célebre naturalista francés † el 29 de julio último)

El eminente sabio cuyo reciente fallecimiento llora la Francia y el mundo científico, nació en Brujas (Bélgica) el 23 de octubre de 1800. Estudió medicina en París, y fué profesor de Historia natural en el liceo Enrique IV, en el Museo y en la Facultad de ciencias, donde reemplazó al inmortal Cuvier. En 1851 tomó carta de naturaleza en Francia.

Milne-Edwards ha escrito eruditísimas obras de Historia natural que han hecho figurar honrosamente su nombre al lado de los de Buffon, Geoffroy-Saint-Hilaire y Cuvier, y ha elevado un verdadero monumento a la ciencia con sus *Lecciones sobre la anatomía comparada del hombre y de los animales*. El décimocuarto y último tomo de esta obra importante, terminada hace cinco años por el autor octogenario, dió ocasion á los unánimes parabienes dados al decano de los naturalistas franceses por todas las sociedades científicas y los establecimientos superiores de enseñanza, y con este motivo se abrió una suscripción nacional y extranjera para acuñar una medalla con la efigie de Milne-Edwards «en público testimonio de admiración y gratitud al maestro que por espacio de tantos años se había colocado á la cabeza de las ciencias zoológicas.» Milne-Edwards, que era comendador de la legión de honor desde 1861, había sido nombrado gran oficial de la misma orden el 1.º de enero de este año.

## MUERTE DE TRISTAN, cuadro por J. Goldberg

Los poetas y los pintores alemanes forman, á no dudarlo, una escuela especial y por cierto no escasa de poesía y de arte. Su mitología, delicadamente sensual, en contraposición de la mitología latina que es sensual de una manera material y grosera; sus leyendas y tradiciones históricas, en las cuales el héroe tiene todo el carácter de un mito, según las nebulosidades entre las cuales se perfila su figura; han debido producir, y han producido realmente, un género, una factura, en letras y en artes, que tiene verdadero carácter propio. Esta verdad se puede comprobar visitando los museos alemanes y muy principalmente los salones de la planta baja del palacio real de Munich, cuyos grandes lienzos de pared se hallan cubiertos de pinturas al fresco, representando las escenas más culminantes de los principales poemas germanos. Aquellos severos tipos de guerreros varoniles y dulces á un tiempo, aquellos rostros de mujer, á un tiempo acentuados y poéticos, aquella manera de hacer, firme y grandiosa, que recuerda algo la escuela de Rubens, son como el modelo obligado de la pintura histórica de la moderna Alemania.

Tales son, por tanto, las condiciones que resplandecen en el cuadro de Goldberg que hoy publicamos, inspirado en la leyenda de Tristan é Isolda, á que se debe también una preciosa ópera de Wagner. Tristan ha sido herido combatiendo por su rey Marke: solamente su amada Isolda posee el bálsamo que puede curar sus heridas; pero la enamorada joven, víctima de un funesto error, llega demasiado tarde: su amante ha espirado.

La composición está bien entendida y las figuras revelan claramente los sentimientos que embargan á los principales personajes, la dulce agonía de Tristan, la sorpresa de Isolda y el sombrío dolor del anciano rey. Este lienzo ha sacado de la oscuridad á su autor, á quien el inteligente público de Munich ha expedido carta de pintor correcto é inspirado.

## SANTA LUCIA, dibujo por G. L. Seymour

El espléndido sol de Nápoles, como el espléndido sol de Andalucía, es un gran elemento para la familia de las cigarras humanas, varones ó hembras cuya única ocupación, casi diríamos su única misión, es cantar mañana, tarde y noche, cantar siempre, en las horas tristes y en las alegres; exhalar una queja ó revelar una satisfacción por medio de unas cuantas notas típicas, la *canzoneta* napolitana ó la *playera* cordobesa, al compás de la popular guitarra, que es el instrumento en que se acompañan los hijos de perezosas tierras.

La calle por excelencia de los *cantaos* napolitanos es la de Santa Lucía, en donde Seymour ha encontrado el original de esa muchacha, tan rica de pulmones y de gracia como pobre de instrucción musical. La hija de la calle de Santa Lucía, robusta doncella tostada por aquel sol que parece haber prendido el fuego del Vesubio, sensual la mirada, burlona la expresión de los labios, intencionada en el decir y siempre dispuesta á dar una copla por un *soldo* y un repertorio de ellas por una lira, es el ornamento más característico y agradable de los muelles de Nápoles.

El autor de este dibujo no ha adulado á su original: quien se figure de una manera más delicada, más ideal, más poética, á la *cantaora* de la incomparable bahía, no ha formado parte del corro de marinos, *lazaronis*, vagos de profesión y extranjeros, en cuyo centro lanza sus notas la *diva* del puerto.

## PUERTA DEL CASTILLO DE CARISBROOK, en la isla de Wight

Con motivo del reciente enlace de la princesa Beatriz de Inglaterra con un príncipe alemán, celebrado en la isla de Wight, se han fijado por un momento las miradas del mundo aristocrático en esta pequeña isla, situada enfrente de la costa sudoriental de la Gran Bretaña.

La historia de dicha isla no es fértil en acontecimientos de importancia, pero sus páginas consignan entre otros el de la prisión del desgraciado Carlos I, que estuvo encarcelado en el castillo de Carisbrook, ántes de que el parlamento pronunciara su sentencia de muerte. Dicho castillo, de remota antigüedad y reconstruido en diferentes épocas, por cuya razón su arquitectura lleva el sello del gusto sajón y normando, es la principal fortaleza de la isla, y en parte se conserva bastante bien. La vista de la puerta occidental que hoy publicamos podrá dar una idea de las macizas construcciones de la Edad media, áun en los puntos que por sus condiciones estratégicas no requerían tanta solidez.

## ORILLAS DEL LAGO, cuadro por J. Lematte

A pesar de su insignificante asunto, tiene este lienzo condiciones que le hacen en sumo grado simpático. Su autor se ha propuesto, sin duda, pintar la grata calma de la naturaleza, en el orden físico y en el moral.

Ese lago cuya superficie ni siquiera riza el viento, esas plantas acuáticas cuyos flexibles tallos apenas oscilan, ese cielo cuyas nubes no presagian ciertamente tempestades, cuadran de una manera admirable á la actitud, á la expresión de esa joven madre que se entrega á la más tranquila, á la más pacífica de las ocupaciones.

Hay en esta composición una sencillez que no excluye por cierto la revelación de un talento notable educado en buena escuela. Es un idilio pictórico inspirado quizás por la vista de algun trabajo de la antigüedad clásica.

## LA MUERTE DE ESPARTACO

(En el campo de batalla.—Es de noche)

UN ANGEL

¡Qué silencio! Al ruido estridente de la batalla, al choque de las armas, á los gritos de la cólera, á los ayes de los heridos, á los estertores de los moribundos sucede esta calma pesadísima, esta calma de muerte. Sólo se oye el grito del ave nocturna ó el rechinar de los dientes del oso que ha bajado de sus madrigueras al olor de la carne fresca. Sólo se ven algunas luces pálidas, verdosas, que andan de aquí para allá, que lucen brevemente, y que se apagan como si fueran funerales antorchas salidas del seno de los profundos infiernos. Las nubes descienden tanto, pasan por tan cerca del suelo, que parecen venidas á recoger las almas de los muertos en sus flotantes sudarios. A veces el pálido rayo de la luna se abre paso á través de las nieblas amontonadas é ilumina con su luz mortecina los rostros de los cadáveres diseminados, sus varias expresiones, ya de terror, ya de cólera, ya de venganza, ya de alguno de esos infinitos matices del odio, pasión predominante en la guerra. Yo te busco, grande entre los grandes, héroe entre los héroes, mártir entre los mártires, yo te busco, sí, con el anhelo que la madre á su hijo perdido, para posar por última vez mis labios en tu frente donde vibrará encendida la chispa de tu idea. Si yo fuera como tú, mortal, si no personificara en mi vida eterna el eterno dolor de la casta, por cuya redención te has sacrificado, yo moriría junto á tí, yo pediría que mis huesos en la tierra se mezclaran con tus huesos. Hombres que teméis á la muerte, si vierais con qué ansia la busco y con qué impaciencia inútilmente la espero. Sería á mis ojos su blanco sudario como el velo de la desposada, y su cavernosa boca como los rosados y melífuos labios de la casta vírgen de los primeros amores. El mundo no es para mí otra cosa que un desierto erizado de espinas, la vida corre para mí como un río de hiel sin fuente, sin desagüe y sin riberas. ¡Oh, muerte, muerte, amiga única de los tristes! ¿por qué no vienes á consolar mis acerbas, mis profundísimas tristezas? (Oyese un gemido.) ¡Ah! ¿Qué voz oigo? (Precipitándose sobre un cuerpo humano tendido á sus plantas). Espartaco, Espartaco.

ESPARTACO ¡Ah!  
EL ANGEL ¿Vives?  
ESPARTACO Muero.  
EL ANGEL Mi aliento te infundirá nueva vida. Mi sangre alimentará tus venas.  
ESPARTACO No, no...  
EL ANGEL Es imposible, hermano mio, que mueras.  
ESPARTACO Imposible... imposible... que viva.  
EL ANGEL Como el fresco de la noche te ha vuelto el sentido, mi amistad te conservará la vida.  
ESPARTACO Mi carrera está terminada; mi vida concluida. Por cada una de las infinitas heridas de mi cuerpo se escapa el alma.  
EL ANGEL Si yo pudiera morir contigo... ¡Ah! sería feliz.

ESPARTACO En verdad, el sueño es el alivio, y la muerte el remedio de la esclavitud.  
EL ANGEL ¿No crees que haya otro remedio?  
ESPARTACO ¡Oh! Sí... sí... lo hay, lo hay.  
EL ANGEL No podías tú morir en la desesperación.  
ESPARTACO Muero, muero en la esperanza.  
EL ANGEL Si así no fuera, ¿de qué serviría tu sacrificio? ¿Qué sería? Un grande esfuerzo sin resultado: un grande holocausto sin objeto.  
ESPARTACO Yo veo algo, yo oigo algo extraño, sobre-natural.  
EL ANGEL Dime lo que ves en los reflejos de tu martirio.  
ESPARTACO Levántame, levántame.  
EL ANGEL (lo incorpora) ¡Oh! todavía de pié, y el cuerpo es una pura herida.  
ESPARTACO ¿No ves nada?  
EL ANGEL Nada más que los cadáveres amontonados y los lobos errando entre ellos, como sombras.  
ESPARTACO El rayo de la luna que ahora besa nuestros rostros, ¿no dibuja nada á tus ojos?  
EL ANGEL Nada más que algunos ligeros reflejos en las armaduras y en las espadas rotas.  
ESPARTACO ¿El viento no murmura ninguna palabra en tu oído?  
EL ANGEL Sólo murmura un gemido.  
ESPARTACO Pues yo veo nuevos patíbulos alzarse para el esclavo; nuevos circos abrirse para sus cruentas peleas; nuevos tormentos cebarse en sus cuerpos; dolores nuevos en su alma. Y sin embargo, de pronto el mundo se transforma. La sangre vertida en los campos de batalla fecundiza la naturaleza y fecundiza el espíritu. La proterva ciudad que se ha prostituido á los reyes, que ha fabricado las ergástulas, que se ha divertido en los circos, rota, despedazada por nuestros descendientes, sin corona y sin cetro, caerá sobre un lecho de cenizas, para hacer penitencia por siglos de siglos, y penitencia cruentísima, de rodillas ante sus explotados esclavos. La cruz, el árbol por donde ha corrido nuestra sangre; la cruz, el patíbulo donde han muerto nuestros padres y morirán nuestros hijos; la cruz infamada, la cruz maldecida, se elevará, como un lábaro bendito, sobre las frentes y las espaldas encorvadas, deramando esperanzas, luminosísimas esperanzas, que prometan al esclavo, á cambio de su corona de espinas en la tierra, otra corona de estrellas en el cielo. Pero el esclavo no se contentará con esta lejana promesa. Una voz misteriosa le habrá dicho desde el sacro altar de un grande martirio, que es igual, en espíritu y en esencia, en origen y en destino, á los demás hombres. Y esta voz arrojará sobre su cuerpo inerte, acribillado de heridas, abrumado por la impía coyunda, una idea pura, una idea inmortal. Al calor dulcísimo de esa idea, brotará un nuevo espíritu, y este espíritu será el esposo eterno de la naturaleza, y querrá en el seno de la naturaleza realizar la plenitud de su esencia, la integridad de su destino. Y el martirio será largo, y la redención será lenta. En nombre de Dios le habrán al esclavo dicho que su alma es igual á las almas de los demás seres humanos; y cuando vaya á los templos á pedir el cumplimiento en la tierra de esta promesa divina, entre los fieles entregados á la adoración de la Cruz, patíbulo del siervo; entre los coros que canten la exaltación del humilde y el abatimiento del poderoso; en el seno de una religión que enseña el martirio, la muerte de un Dios por la redención de un esclavo; el eterno siervo será vendido y comprado como una bestia, azotado hasta salpicar de sangre los mismos altares donde se conmemora el holocausto por su redención. Y vendrán pueblos que salgan como nosotros de las selvas; que sean parientes nuestros por la sangre; hijos de la naturaleza, educados en la libertad; sin más idea que la apoteosis de la personalidad humana, sin más destino que matar el cesarismo romano, y sin embargo, continuarán la esclavitud. Pero un viento misterioso descenderá del cielo, y derramará en el espíritu de los hombres de Occidente la idea extraña de conquistar en Oriente misterioso sepulcro, que, vacío, desierto, abandonado, tan sólo por haber henchido mil años ántes con su cuerpo un mártir, será aún fecundo hasta producir de nuevo la libertad, en una guerra donde se mezclen las razas, y con las razas las castas, y con las razas y las castas todas las ideas, hasta que de tan divina infusión resulte necesaria é indispensablemente el espíritu divino de una nueva humanidad. Y el mundo que estaba atormentado por infinitos terrores, se erguirá como la flor, agostada por el sol, se levanta al dulce rocío del crepúsculo. Creía el mundo ver sus bases rotas, sus cielos desvanecidos, sus astros deshechos como pavesas, sus hijos reducidos á esqueleto, su sentencia final é inapelable escrita con caracteres siniestros en la inmensidad vacía; la muerte reinando en la alta cúspide del universo; la nada tragándose todas las cosas en sus negros abismos; y entre tanto terror, que se asemejaba al suicidio de la humanidad, surge de nuevo la esperanza, pura, inmaculada, engendrando la primera encarnación de la libertad. Entonces brotarán ciudades encargadas de producir una nueva vida, como las abejas producen la dulcísima miel en sus colmenas. Y esta nueva vida descenderá hasta el insondable abismo, hasta la conciencia del esclavo. Y de las ruinas surgirá la diadema de las artes para el hombre transfigurado. Y la tierra se doblará, y se ensanchará y dilatarán los mares. Y al mismo tiempo que los mares se dilatan, dilataráse con ellos el espíritu humano, que adquirirá la plenitud de su conciencia. Y después de la conciencia vendrá la razón libre, cargada de frutos, como ántes la fantasía y el sentimiento se habrán cargado de

flores al dulce calor de nuestra vida y de su fecunda libertad. Pero como el mal es incansable, tenderá al género humano nuevas asechanzas, y pondrá en la libre y emancipada conciencia nuevas sombras. Y en el mundo rejuvenecido, en ese mundo, en que es más nueva la luz y más vigorosa la vida, y más inmaculado el cielo, veránse entre los esplendores de la naturaleza, como negros ataúdes entre las alegrías de un festin, barcos que conduzcan nuevos esclavos, implámente oprimidos y maltratados, más infelices aún que nosotros, los esclavos de Roma. Pero esta esclavitud será transitoria. No en mármoles, no en bronces, no en ninguna materia que pudiera gastar el tiempo, sino en los senos inmortales del espíritu se escribió, se promulgó la nueva ley de la vida, la nueva constitucion del género humano, la igualdad en el derecho, en la justicia. Y los últimos eslabones de la cadena del esclavo, se fundieron al fuego de las ideas. Y desaparecieron las ergástulas de la sociedad como sepulcros pestilentes, que envenenaban los aires. Y se asentaron los hombres, hijos de una misma madre, continuadores del mismo linaje, iguales en derechos, á la sombra benéfica del árbol sagrado, sacratísimo, de la justicia universal, una, como el sol. La guerra se acabará entre los pueblos, la marca de infamia y de vileza desaparecerá en el trabajo; la vida se tornará más luminosa y más bella; el espíritu humano más puro y más diáfano; el mal será como una sombra lejana, y cada hombre estará en comunicacion con el universo. En este día sublime, día de redencion definitiva y eterna, el pobre esclavo que ahora muere en el campo de batalla, maldecido por sus señores é ignorado por sus hermanos, será bendecido, exaltado, puesto entre los redentores de la humanidad emancipada. Y los padres enseñarán á sus hijos mi nombre. Y la historia recogerá mis menores hechos. Y la poesía maldecirá á mis verdugos. Y cada lágrima de un esclavo emancipado, de un pueblo redimido, de un espíritu que se levanta á la vida, de una conciencia que se abre á la luz, cada lágrima de reconocimiento caida, hará palpar de alegría mis huesos en su tumba. Y la sangre de mis venas será como la vía láctea en las tinieblas de la noche; un reguero de ideas, de esperanzas, de consuelos, de nuevos y más hermosos mundos. Y subirá en espirales á lo infinito, como la nube de humo despedida por un sacrificio, este último aliento que se escapa de mis labios. Y tú, mártir, víctima, sér eternamente infeliz; tú, esclavo, serás por la libertad redimido. Mira, este es el consuelo supremo de mi agonía. Déjame ahora morir. Tiéndeme sobre el suelo. Cierra mis ojos. Deja, deja que me duerma. Cintia... Oriel... hermano... esposa. Nos vere... mos. Oriel... Cintia... Esposa... esclavos... libertad... esperanza... Cintia... amor... Re... Redencion. (*Espira*).

EL ANGEL Crasso, Crasso, vuelves á Roma á recibir una ovacion, triunfo pequeño, honor fugaz decretado á tu soberbia por haber vencido un enemigo tan despreciable como el esclavo. Entrás á pié en la ciudad, vestido con tu traje consular, envuelto en el manto con franja de púrpura, saludado por coros y flautas, ceñido á la frente el oloroso bello mirto, el árbol de Vénus entrelazado con ramos de olivo, el árbol de Minerva. Dejas á tus espaldas veinte mil muertos, y enclavados en el patíbulo de la cruz diez mil esclavos. ¿Ves esa cruz maldecida, abominada? Pues esa cruz ha de ser en lo porvenir, ¡oh, vencedor! la cúspide del mundo, la cima del espíritu, el árbol de la vida.

EMILIO CASTELAR

LA ÚLTIMA PALABRA DEL CREDO

Así se llama, no sé por qué motivo, á la persona más insignificante de una familia, de una casa, de una agrupacion cualquiera.

No era, por tanto, extraño que Juan José... X, porque era un chiquillo anónimo, segun decia el alcalde de Torrox, fuese considerado como la última palabra del credo, en aquel pueblo.

Juanillo era cunero; esto es, hijo de *padres latentes*, tambien al decir del señor alcalde, que manejaba el idioma como la vara y entendia de administracion lo que de gramática.

El muchacho habia caido en el pueblo como llovido del cielo, aunque no se entienda esto por caer de pié, que, desde su llegada al pueblo, anduvo de cabeza el pobre Juan José.

—¿Quién eres tú?—le preguntó el alcalde, que estaba precisamente en un pasero de su propiedad donde se veian puestos á secar muchos racimos de la propiedad del señor alcalde, ó lo que es igual, de una viña propia del señor alcalde, porque allí era todo del señor alcalde; la tierra, el cielo, el aire que se respiraba y el pedazo de mar Mediterráneo que desde el pueblo se divisaba.

Excusado es decir que Juan José, desde el momento de poner el pié en Torrox ó en su término, pasaba tambien á ser propiedad del señor alcalde, moral ó inmoralmamente hablando.

—Yo no sé quién soy ni para dónde camino,—respondió el muchacho á la pregunta de «la primera autoridad de la costa de Levante», que así le denominaban en Velez-Málaga con la gracia y oportunidad de aquella tierra.

—¿Con que no sabes de dónde vienes ni para dónde caminas, eh?—preguntó el susodicho jefe municipal, con exagerado acento andaluz.

—Pues te juro que no tienes cara de venir del cielo,—habria añadido en caso de conocer la novela de Cervan-

tes y recordar el encuentro de los apreciables jóvenes Rincon y Cortado, en la venta del Molinillo.

Pero el alcalde de Torrox no habia oido, siquiera, el nombre de ese tal Cervantes, ni entre los del vecindario sujeto á su jurisdiccion, ni entre los de Nerja, Velez-Málaga ni Torre del Mar.

Como, si no en travesura, allá se andaba en malicia con los pilletes de la venta del Molinillo, replicó á las palabras de Juan José:

—¿Y no tienes padre conocido, ni madre, ni oficio, ni sabes dónde has nacido? Pues ya tienes edad para saber; que yo á tu tiempo ya trabajaba en las viñas con mi padre y no le *juia* al sol ni al frio.

Como nada de esto era pertinente á la presentacion del chico, éste le miraba casi con asombro.

El resultado de las indagatorias fué que Juan José entrara en el número de los peones del señor alcalde, con haber desconocido y manutencion fija, pero de verano; alimentos frescos para evitar enfermedades.

Tenia el señor Frasquito, que este era el nombre del presidente de aquel municipio, una hija que, á juzgar por las gracias que la adornaban, nadie se hubiera aventurado á suponer que lo fuese de semejante dromedario.

Y no era feo del todo el señor Frasquito, que conservaba su fisonomía rasgos de belleza varonil; pero resultaba pequeña la cabeza para cuerpo tan grande, y la obesidad que le distinguia de todos los miembros del cuerpo municipal, desgraciaba la figura del alcalde.

En piés pudiera pasar por majestad rural, porque el «pié de rey» como se llama vulgarmente, era muy inferior en tamaño al pié municipal del señor Frasquito.

Así le sacaban coplas alusivas los *guasones* del pueblo, que nunca faltan cuando de ridiculizar al representante de la autoridad se trata.

El mismo oyó en cierta noche cantar á un borracho, esta saeta anti-municipal:

Quando se muera el *alcarae*  
no podrá entrar en er cielo  
por esos pieses tan grandes.

Solamente por la teoría de Darwin pudiera explicarse que Juanilla procediese del señor Frasquito.

Pintar el retrato de la chica seria obra de mucho empeño, para aventurarse á tanto.

Trazado no más que un boceto puede decirse que su cara era, en opinion de los mozos de aquellos contornos, más rica que la vega de Velez y más alegre que el cielo de Sevilla; y sus ojos *vevaban* más fuego que el *terral*, que es viento tan caliente que cuando sopla en Málaga se agrietan los muebles y crujen hasta los huesos de algunas vecinas sensibles.

No parece sino que todos los angelitos del cielo se divierten caldeando con su aliento á la poblacion.

Hablar de la boca de Juanilla es exponerse á morir como el pez; los labios eran tan rojos porque estaban teñidos con la sangre de tantas víctimas sacrificadas por algun «no» pronunciado por ellos.

De su pié y de su talle y demás prendas personales no hay para que decir, sino que el señor cura la prohibió que se echase á la calle durante la Semana Santa, y hasta la Resurreccion, para evitar que los mozos anticipasen el plazo, y *resucitasen* ántes de tiempo.

La madre de Juanilla habia sido un ángel, rural, pero ángel.

Hermosa como ella sola, virtuosa y trabajadora. Murió dejando á su hija en los doce años de edad.

El señor Frasquito adoró á la madre, como buena esposa y buena moza, y adoraba á la hija, como buena moza y como hija.

Es un problema que aún no han resuelto los padres de familia, el de la influencia de las condiciones físicas de los hijos en el amor paternal.

Hay quien supone que excitan más simpatías los más feos y los más imperfectos.

Otros quieren que los más hermosos sean los más queridos.

Sin embargo, las madres lo han resuelto ya hace muchos siglos, con la siguiente explicacion: «todos son hijos.»

Se comprende, á pesar de este axioma maternal, que un hijo hermoso se lo parezca más á sus padres; y bien mirado, esto tampoco se opone al indicado axioma.

Así el señor Frasquito decia recreándose en la hermosura de su Juanilla:

—Tengo una hija que no me la merezgo.

—No diga V. eso, compadre,—replicó una vez un amigo íntimo del alcalde,—que cada uno tiene lo que se busca ligitimamente, y si le oyera á osté la difunta...

Juanita habia visto rondar su casa á varios mozos indígenas ó forasteros; pero consideraba las adulaciones y las serenatas como otros tantos homenajes que la debian por su hermosura, y no se conmovia ni interesaba por los pretendientes.

A alguno de ellos le soltó el toro el alcalde, diciéndole:

—Mira, esa muchacha no se cria para tí, animal, ¿te enteras? ¿qué músicas te traes tú por las noches? Que en cuanto que te agarre una vez, te lio el petate y vas para Ceuta.

—Estos gansos,—pensaba el señor Frasquito,—creen que no hay más sino criar muchachas para que ellos se casen y se las lleven.

El tiempo trascurria y Juanilla se redondeaba: la naturaleza daba los últimos toques á su obra maestra.

—Si á mí me preguntaran cuántas son las niñas de los

ojos,—decia el señor Frasquito,—yo diria que tres, porque yo tres tengo; dos y mi *Juanita*.

Tambien Juan José habia ganado mucho con el trascurso del tiempo y con el buen trato que el señor Frasquito daba á los peones de su casa.

En esto último todos estaban conformes: un cuarteron de pan y media granada ó una naranja ó un puñado de higos, para almorzar opíparamente; y á la noche su buen plato de *maimones* (sopa de mendrugos al natural) ó su gazpacho ó su arroz en blanco.

El vino era un lujo extraordinario, y el desayuno se reducía á media copa de anisado, no muy fuerte para que no irritase á los chicos.

Cuando necesitaban un chaqueton, unos calzones, ó un sombrero, el mismo señor Frasquito se los proporcionaba sin dinero al contado.

Era la Providencia de aquellos infelices: tenia almacenadas en su casa unas cuantas docenas de prendas por si llegaba el caso de necesitarlas alguno de sus peones.

Cuando él adivinaba esta necesidad se apresuraba á proveerla, ofreciendo lo que habia menester el peon.

Despues, mediante un ligero descuento de sus jornales hasta llegar al precio de la prenda, mas un ligero recargo por anticipo, quedaba zanjada la cuenta con la mayor ligereza.

Juan José habia conseguido captarse las simpatías del capataz, por su laboriosidad.

—Es buen chico,—le decia al señor alcalde, quien respondia:

—Si continúa así, dentro de dos años habrá que aumentarle el jornal media peseta; aquí lo que se necesita es buena gente.

Pero Juan José estaba ya más adelantado que lo que sospechaba el señor Frasquito.

¿Aumentos? ¿para qué los queria? ¿y quién podria aumentarle la felicidad?

El descubrimiento de este secreto habria alarmado al señor Frasquito.

—¿Cómo puede ser feliz un *chavalillo* de veinte á veintidos años, que no conoce siquiera á su familia, ni sabe si la tiene, ni puede pensar en un porvenir lisonjero, ni entretiene sus desdichas con el recuerdo de un pasado tranquilo y dichoso?

Todo esto pensaria el señor Francisco, si sorprendiera la felicidad de *Juanico*.

Nosotros estamos en el secreto, hemos asistido al principio, conocemos los fundamentos de ella.

Fué en una tarde del mes de agosto: los últimos rayos del sol poniente, resbalando sobre la superficie brillante y cristalina del Mediterráneo, trazaban en las imperceptibles ondas de ese mar tranquilo una estela de fuego.

La *vendeja* llevaba á las costas de Málaga muchos forasteros y mucha animacion.

Buques mercantes de diversos países, para los negocios de pasa en gran escala; arriería para los de menor importancia.

Juanilla, acompañada de una prima y de otras mozas del pueblo, venia de Velez para Torrox *cabayeras* todas en mulas ó pollinos, segun la facilidad y gusto de cada cual.

Habian pasado el domingo en Velez, que es para un vecino de Torrox poco más ó ménos que para cualquier vecino de una capital de segundo ó tercer orden, una temporada en Lóndres ó Paris.

De pasada, llegaron las jóvenes de la comitiva á la viña del señor alcalde.

—¡Qué hermosa es!

—¡Dichoso él!

—Mira, para cuando te cases.

Todo esto y mucho más se ocurrió á las muchachas.

—¿Quereis refrescar?—preguntó el señor Frasquito á las mozas.

—Como V. quiera,—respondió Juanita.

Y echó pié á tierra saltando de la mulilla abajo.

Todas sus compañeras la imitaron.

En la viña estaban los peones, que ya se disponian á recoger.

Las chicas, despues de revolotear alegremente como pájaros en libertad, se sentaron delante del cortijo, unas en bancos de madera y otras en el poyo de piedra que se veia al lado de la puerta.

Uno de los peones improvisó un refresco, por orden del señor alcalde; refresco de anisado en agua con un *hielo* ó *azucarillo* ó *bolado*, que de todas estas maneras se dice en diversas localidades y de ninguna con propiedad.

—Mira, tú, Juan José,—gritó el señor Frasquito,—anda y tráete la guitarra y cántate unas malagueñas, que se diviertan las chicas; y vosotros dejad el trabajo por hoy, que es dia festivo.

Bueno es advertir que estos escrúpulos de conciencia no habian atormentado al señor Frasquito hasta las siete de la tarde y cuando ya no quedaba media hora de trabajo.

—¡Qué campechano es el señor alcalde!—dijo un peon.

Y sin hacer que les repitieran la orden, dieron de mano y vinieron á la puerta del cortijo.

Si Vds. conocen los cortijos de Andalucía, no encontrarían en la pintura que de ellos les hiciese ni siquiera un recuerdo de ellos; si no los conocen imaginenselos, que ni aun dando suelta á la fantasia pueden aproximarse á la realidad.

¿Quién se atreve á pintar uno de esos cortijos, uno de esos cármenes de Granada, iluminados por la suave luz del crepúsculo, rodeados de viñas y olivares ó naranjos y



MUERTE DE TRISTAN, cuadro por J. Goldberg



SANTA LUCÍA, dibujo por G. L. Seymour

limoneros y elegantes sauces, esbeltos cipreses y gallardas palmeras?

Y delante, sentadas junto a la puerta de la casita blanca, mujeres hermosas, blancas como la pureza, de negros ojos y negros cabellos entrelazados con rosas y claveles que parece que brotan para ellas y que al contacto de su cabeza se reaniman y coloran.

Y entre ellas, ó á corta distancia, el gañan que tañe la guitarra y con delicadeza inverosímil, juzgando por el aspecto del cantante, entona, ó mejor, exhala tiernísimas coplas, mezcla de dulzura y pasión, de rudeza y exquisito gusto, de alegría y tristeza, que oye lo mismo el viajero á este lado del estrecho que al otro.

Ese canto que tantas analogías conserva con el canto del musulmán africano.

Juan José no se dejó rogar, y tomando la guitarra empezó á templar y luego á preludiar las malagueñas, y por último á cantarlas.

—¡Ole! ¡ole!—repetían los compañeros y el mismo señor Frasquito y las muchachas, cuando terminó Juanillo la primera copla.

La ovación se repitió en cuantas cantó el muchacho.

—¡Qué voz tan agradable!—dijo, según parece, la hija del señor Frasquito.

—¡Y qué coplas saca de su cabeza!—añadió el mismo señor alcalde.

Para todos los circunstantes pasó inadvertido el efecto que las coplas habían causado en el corazón de Juanita.

Juan José era guapo, joven, cantaba bien y, esta observación era la más poderosa, era pobre y desconocido y no podía pensar la moza en casarse con él.

Con mucho menos motivo se enamora una mujer que tiene corazón, y Juanilla era una andaluza de raza.

De vuelta al pueblo, el *cantaor* acompañó como los otros peones á las mozas y al señor alcalde.

El demonio, según decía algunos meses después el señor Frasquito, unas veces es *cantaor* y otras bailarín y otras peon y otras alcalde.

Aquella tarde le tocó disfrazarse de *cantaor* para tentar (moralmente se entiende) á la hija del señor alcalde.

¡Qué miradas y qué frases y qué coincidencias!

El demonio debe de tomar también, en ocasiones, la forma de mula manchega; porque cuando más descuidada iba Juanilla sentada en su cabalgadura, ésta, espantada, derribó á su preciosa carga.

Pero Juanillo la detuvo en el aire entre sus brazos, librándola así de un golpe.

Después de oír cantar á un muchacho guapo y de deberle un favor como el de evitarla un coscorrón por lo menos, vayan Vds. á decir á una moza que un muchacho no la conviene.

Por algo empezó Juanita á fijar sus miradas en el mancebo; por algo empezó Juan José á mirar á la chica con buenos ojos.

Añádase á esto las ocupaciones extraordinarias que proporcionan al señor alcalde unas elecciones de diputado á Cortes, porque el diablo también suele meterse á elector ó á candidato para dar guerra á los infelices, y se comprenderá que los amores de Juanita y Juanito se desarrollarán y llegasen al período de madurez.

—Ya no falta más que casarnos,—decía ella.

—¡Casarnos!—repetía él con amargura,—¿quién soy yo para eso?

—¡Mi vida!—interrumpía la joven.

—La última palabra del credo.

Así llamaban á Juan José, para significar su carencia de importancia y representación.

La última palabra del credo.

Esto mismo dijo indignado el señor Frasquito á su hija, cuando se atrevió á descubrirle sus sentimientos.

—Primero te mato que verte en poder de un peon.

¿Tú, que puedes aspirar á un príncipe, lo menos, por lo hermosa; porque no hay duquesa ni condesa ni señora que se te parezca? ¿Tú, casarte con ese? ¡Con la última palabra del credo!

Tuvo el señor Frasquito que emprender un viaje á Granada, y por no dejar solos á los muchachos, esto es, libres de su vigilancia, dispuso que le acompañara el Juan José.

Obedeció este después de despedirse de su *señorita*; es decir, «de su novia.»

Cerraba la noche cuando el alcalde y Juanillo que caminaban hacia Guadix se vieron detenidos por dos ó tres hombres.

El señor Frasquito se disponía á echar pié á tierra, muy á su pesar, porque llevaba en el cinto algunas onzas.

Juan José le detuvo, y desmontando él de un salto, sacudió á la caballería que llevaba al señor Frasquito, dos ó tres estacazos, y en seguida echándose la escopeta á la cara, detuvo á los bandidos diciendo:

—El que se atreva á tocarle que dé un paso.

Estos movimientos practicados con extraordinaria rapidez y el valor sereno del chico, sorprendieron á los ladrones.

—¡Pobre Juanico!—repetía escapado á la carrera el señor Frasquito,—era bueno y pagará con la piel su temeridad. En fin, si yo me salvo... esto es lo principal; no por mí sino por la *pobretica* de mi Juana.

El señor Frasquito oyó á cierta distancia algunos disparos de arma de fuego.

—Dios le haya perdonado,—repetió.

Trascurrió algún tiempo y el alcalde de Torrox no había vuelto á saber del mozo.

Juanilla le adoraba cada día más.

Pero el tiempo todo lo borra, y cuando la chica se

hubo convencido de que Juan había muerto por salvar á su padre, resolvió dejarse querer de un boticario de Velez.

Adelantaron las cosas, y ya en vísperas de la boda, y cuando los novios y el señor Frasquito y un peon se dirigían á Torrox, ya cerca de la noche, se vieron sorprendidos por un grupo de hombres.

—¡Miserable!—gritó uno de ellos,—¿así pagais mi generosidad?

—¡Juan!—gritaron los muchachos y el señor Frasquito.

—Sí, Juan, la última palabra del credo, que es la que vas tú á rezar ahora mismo.

—Juan,—repetía atemorizado el alcalde,—yo te doy á mi hija, todo cuanto quieras...

—Ni tú ni ella sois dignos de mí: te he dicho que vas á morir y nada me conmueve. ¿Quién soy yo? un sér desconocido, sin nombre, sin calor, sin abrigo, sin educación y sin esperanza? siquiera déjame que tenga el placer de vengarme. Frasquito, reza el credo.

Hubo un momento de terror.

Los bandidos se apoderaron de la muchacha, ataron al boticario y al peon en un olivar y desaparecieron con Juanilla, mientras Juan José descargando su escopeta *volteaba* al pobre alcalde, al llegar éste á la última palabra del credo.

Es decir: á la última que se permite pronunciar á los que van á morir.

¡Qué dulce es! ¡qué consoladora! ¡qué grande!

La última palabra para los desgraciados es:

¡Su único hijo!

EDUARDO DE PALACIO

### ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

El suave declive de la llanura; la precipitada corriente del arroyo que, ya sin obstáculos en su camino, ruge todavía, como si aún tuviera saltos que dar y peñas que combatir, semejante al perro que después de haber ladrado furiosamente gruñe todavía al echarse en su cova; el vuelo elevado y lejano de una águila que espanta á las gallinas y hace enmudecer á los pájaros, todo anuncia que estamos al pié de las montañas.

Alzad la vista y buscad sus cimas de rosa y nieve, que el sol colorea sin calentarlas, y que se pierden en el azul pálido del cielo: más abajo las nubes, como bandas grises que las atraviesan; y más abajo todavía los árboles que brillan con tonos metálicos parecidos á los del bronce dorado.

Inmutables en su calma eterna, imagen de la naturaleza que contempla impávida los dolores humanos, llenan el corazón de respeto y el alma de admiración. Nada parece vivir allí, nada agitarse en aquella masa que despierta tantas grandes ideas, y al tratar de escuchar, sólo se percibe el silencio pavoroso de los grandes lugares vacíos.

Y sin embargo, allí la gacela huye del lobo y el águila persigue las palomas silvestres; en aquella quietud hay lucha, y aquella imposibilidad tiene vida.

La tempestad ruge en la nube, y mientras el granizo azota las peñas de abajo, el sol sonríe impávido á los arbustos de arriba. Allí se agitan sentimientos y pasiones, y en lo más alto de las sendas impracticables, al pié de los picos eternamente nevados, hay quien goza y sufre y pasa su vida en la calma de la soledad, lejos de los dolores ajenos, pero presa de los dolores propios.

Harto lo saben los cazadores de gamuzas que, trepando por los tortuosos senderos que dan vuelta á las peñas y conducen á las más altas cimas, siguen un día y otro los caminos que quizás trazaron los aludes, y que sólo la cabra montés puede recorrer sin peligro.

### II

Entre dos altos picos que se elevan dominando un horizonte inmenso y que se acercan al cielo más que las más empinadas cimas de los Alpes; en una meseta que las aguas del torrente cortan á pico sobre el abismo, y que abetos cuyas retorcidas raíces se agarran á las peñas como manos monstruosas que trataran de arrancarlas, cubren con una bóveda de verdura; como soñado capricho de la fantasía, ó inverosímil adorno de una decoración de teatro, una casita, una choza de tablas mal unidas y entrelazadas por ramas de árboles, y cuya techumbre sujetan grandes fragmentos de pizarra, se halla suspendida sobre el abismo como una paloma que se mece graciosamente sobre la cornisa de la torre en que tiene su nido.

¡Cuán mezquinas deben parecer las luchas de la vida; qué pequeño el hombre, mirado desde aquella altura y ante aquel sublime espectáculo de la naturaleza; ante las enormes masas acumuladas, que parecen haber quedado inmóviles de admiración y espanto ante las grandes revoluciones geológicas que han presenciado y en que han tomado parte; ante aquellos torrentes que tienen rumores y gritos á que ningún otro ruido semeja; ante aquellos abismos insondables que parecen las cavernas que dan entrada á las regiones en que yacen todos los horrores desconocidos; ante aquellos inmensos bosques de altísimos pinos, donde, alterando un silencio pavoroso, produce el viento extraños rumores que semejan lamentos sobrenaturales, ó la voz augusta de toda la naturaleza dirigiéndose al espacio infinito!

Sí: allí, más cerca del cielo que de la tierra, mirando la tempestad bajo los piés, rugir en la nube que rasga su

vaporoso velo en los picos de las rocas y en las copas de los abetos, en cada una de cuyas hojas hace brillar mil gotas de agua que descomponen los rayos del sol, como otros tantos diamantes que se destacan del fondo sombrío de la nube; allí donde la nieve es eterna, antiguas como el mundo las peñas y seculares los árboles; donde ya el sol alumbra, cuando aún á los valles no ha llegado la aurora, y donde la luz del día brilla aún en los hielos, cuando allá abajo ya impera la noche, las pasiones son más intensas, el amor más ardiente y el odio más profundo.

Y el hombre que vive en este espacio, lejos de sus semejantes, en contacto con la naturaleza en sus más sublimes aspectos, con el alma siempre abierta á aquellos gigantescos espectáculos, en comercio diario con los animales, á quienes persigue ó con quienes lucha defendiéndose, adquiere el temple de espíritu que da la soledad, sus sentimientos se agigantan y endurecen como las masas de roca que le rodean y pierde la dulzura que da á los hombres la sociedad de que él está privado.

### III

Compañero de las gacelas y de los osos, un hombre habitaba aquella choza suspendida como un nido de águila, solo y aislado, bastándose á sí mismo para todas las necesidades de la vida sobria y austera del hombre de la naturaleza.

Era cazador y pasaba los días corriendo por el borde de los precipicios tras de la gacela fugitiva, ó esperando, con la escopeta preparada y escondido tras de una peña, á que la gamuza viniera á apagar su sed en el torrente. Alguna vez también, luchando, cuchillo en mano, con el oso hambriento que le atacaba, ó escuchando por la noche el aullido de algún lobo que rondaba su cabaña.

Bajaba á menudo al valle, y en las aldeas vendía las pieles de los animales salvajes, que habían de ser objetos de lujo en las grandes ciudades, y allí su presencia, aunque conocida, no dejaba nunca de excitar conversaciones y hablillas.

Llamábanle Andrés, y aunque nadie podía llamarse su amigo ó precisamente por esta causa, contábanse de él cosas extrañas.

Decían ante todo que debía ser muy viejo, enormemente viejo, porque los más viejos que de esto murmuraban al amor de la lumbre, recordaban haberle visto desde muy niños venir á vender pieles, siempre igual, ni más ni menos joven, como si el tiempo, que había convertido á aquellos muchachos en ancianos encorvando sus espaldas y blanqueando sus cabellos, hubiera pasado sin dejar huella sobre Andrés.

Siempre igual, decían haberle visto, con su piel curtida y rugosa; su frente serena y austera; su rostro que rodeado de áspera barba tenía junto á las sienes tonos de un azulado amarillento como los que toma el mármol blanco expuesto por mucho tiempo á la lluvia y al sol; sus ojos sombríos, de mirada apagada, que mostraban bajo sus espesas cejas sus pupilas entre verdosas y pardas, de un color semejante al del agua detenida bajo la sombra de los juncos en las orillas de las grandes charcas; su alta estatura y sus miembros recios y secos envueltos en pieles más bien peladas que curtidas.

No hay que decir si esta inmutabilidad en el tiempo que atribuía á Andrés la exageración de aquellos aldeanos y que la austera sobriedad de su vida y las condiciones atmosféricas á que se hallaba sometido explicaban en parte, era bastante á que se le mirase con esa supersticiosa curiosidad que en los pueblos hace de un hombre extraño un sér sobrenatural.

Estos sentimientos se exageraron hasta lo sumo á consecuencia de un no esperado suceso que sirvió de pasto á las conversaciones de todos, y que, siendo origen de mil exageraciones absurdas, desarrolló hasta lo infinito la superstición de aquellas gentes.

Un pastor, que acaso un día andaba persiguiendo una cabra descarriada, subió por una senda casi impracticable hasta un pico desde el cual se veía la choza de Andrés, y allí un cuadro encantador y sonriente se ofreció á sus ojos. Un cuadro alumbrado por la luz riente de un sol de primavera, y al que servían de marco el cielo arriba, y abajo los picos nevados, los árboles perennes de un verde oscuro, y las vertientes reverdecidas por las aguas del deshielo.

Sobre el fondo rojo de las nubes del Oriente, coloradas por los rayos del sol apenas aparecido, se marcaba con contornos vigorosos la meseta sobre la cual se asentaba la cabaña de Andrés, y delante del borde del abismo que las flores silvestres de la primavera engalanaba, una niña de esbelta figura se destacaba sobre el azul sin fondo del cielo infinito, y arrojaba comida á los aguzanieves que saltaban piando sobre los guijarros del arroyo que corría ya por el cauce del que más tarde debía de ser torrente.

El pastor se quedó extático y se fué contando lo que había visto á todo el que quería oírle, comentándolo y exagerándolo de tal modo, que á poco ya no era una niña sino muchas, todas adornadas de ricos y espléndidos trajes, y después ya no niñas sino genios y hadas que volaban alrededor de la choza colmándola de encantos y de bienes, ó genios maléficos de seductora forma y engañadora hermosura, instrumentos sobrenaturales del mágico poder de aquel hombre extraordinario.

### IV

Si vista por la parte de afuera tenía la choza de Andrés un aspecto pintoresco con los peñascos y cantos rodados

que formaban sus paredes, con los troncos medio podridos que constituían el armazon, con las tablas mal unidas que le servían de techumbre sobre la cual el viento había depositado una capa de tierra de que brotaban malezas y florecillas campestres, ocultando en parte los pedazos de pizarra que hacían peso sujetándola, por dentro el aspecto era ruin y miserable.

Sin más luz que la que recibía por el hueco de la puerta, tenía enfrente un hogar en que ardían con viva llama unos troncos secos, cuya resina al quemarse producía agudos estallidos, humo espeso y olor acre.

A un lado una tarima, sostenida á poca altura del suelo por dos maderos horizontales, servía de rústico y miserable lecho formado con pajas, hojas secas y pieles.

En un rincón se veían las dos escopetas, y por encima colgados en la pared, los sacos de cuero de las municiones y un par de cuchillos de hoja ancha y afilado corte.

Mezquinas y sucias vasijas servían de batería de cocina, y en un arcon desvencijado y sin cerradura guardaba mil heterogéneas riquezas, y hacía además el doble papel de despensa y de mesa.

Tal era el conjunto sucio, ahumado, lóbrego y miserable de aquella covacha.

En medio de aquella sombra había, sin embargo, un rayo de luz que alegraba los días de Andrés. Era aquella niña, que, entrevista por el pastor, había dado origen á tantos rumores extraños y á tan exageradas consideraciones.

Aquella niña encantadora, fresca y bella como las flores primaverales que crecen en el fondo de los barrancos regadas por las primeras aguas del deshielo, alegraba aquella soledad con su hermosura y con su amor, y marcaba en aquella humilde choza la marcha del tiempo con las alegres voces de la juventud y del placer. Y los encantos con que embellecía su existencia, los debía el cazador á una buena obra.

En efecto, quince años ántes de que aquella encantadora vision detuviese al pastor admirado en lo alto del sendero, una tarde de otoño cruda y fría, volvía Andrés de una aldea del valle, adonde había bajado á vender algunas pieles; el viento arrastraba la nieve de los ventisqueros en impalpables átomos que azotaban el rostro del cazador, cuando este, con su escopeta á la espalda, volvía á buen paso á su cabaña, huyendo de la noche, que amenazaba oscura y tempestuosa; las nubes blanquecinas envolvían la montaña y descendían hasta tocar las copas de los más altos árboles del valle. El camino se estrechaba poco á poco, y se hacía más pendiente á cada una de las revueltas que formaba para internarse en el bosque.

De pronto Andrés detuvo su paso sorprendido por algo extraño que se ofreció á sus ojos.

A un lado del sendero, al abrigo de un pico saliente de la roca que preservaba de la nieve y del viento un pequeño espacio de tierra, junto á la casi apagada fogata, encendida quizás por algunos pastores, una niña casi helada, inmóvil con el entumecimiento que produce en los miembros la intensidad del frío, se dibujaba apenas á los reflejos del fuego que se extinguía.

Hombre de la naturaleza, obedeciendo casi instintivamente á todo sentimiento generoso, aunque se manifestase bajo una forma ruda, Andrés se detuvo á contemplar á aquella niña que dormía tan cerca de la muerte.

La cogió en sus brazos, la abrigó con su manta de lana grosera, y suponiendo que habiendo salido de la aldea, se habría extraviado en aquellos sitios, volvió sobre sus pasos con objeto de entregarla á sus padres.

Pero en vano los buscó. Aquella niña no era conocida por otra cosa que por haber atravesado aquel día las calles mendigando de puerta en puerta.

Conmovido por tanto abandono, impresionado por tanta desgracia acumulada sobre la frente de aquel ángel, Andrés la llevó á su cabaña y la acostó en su propio lecho, pasando él la noche envuelto en la manta recostado junto al hogar.

No hay que decir cuánto cariño, cuánta ternura sentía por aquella niña que fué desde entonces su hija.

Su belleza fué el adorno de la choza del cazador, su gracia juvenil la alegría de Andrés; y como el rayo de sol que penetra á través de los cristales disipa las sombras de la mañana, esparciendo la luz y la alegría, así el cariño ingenuo de aquella niña tornó su vida sombría en una existencia dulce.

Y cuando su voz argentina, que cantaba alegremente, subía atravesando el aire enrarecido, hasta las altas cimas donde Andrés perseguía á la gacela y á la cabra montés, el corazón del cazador latía con fuerza y miraba al cielo para darle gracias por haberle concedido aquel ángel por compañera.

Así pasaron años, que fueron para la niña los años encantadores de la infancia, y los primeros de la juventud, y para Andrés quizás los más breves de su vida, empleados en los paternales cuidados que se complacía en prestarle.

Al cabo de aquel tiempo el fruto se había madurado, la niña se había convertido en mujer.

Una mujer fresca y hermosa, como hija de aquella naturaleza agreste, que tenía en su cuerpo toda la esbeltez del pino, en su andar toda la gracia de la gacela, en su rostro todas las tintas más delicadas de la nieve sonrosada por los rayos del sol, y en sus ojos todas las sombras y toda la profundidad de los abismos.

Entonces el cariño paternal de Andrés se convirtió en amor, y un día de primavera, en la iglesia del mismo pueblo donde había sido recogida, fué Irene unida en matrimonio con el cazador, que despues de haber sido



PUERTA DEL CASTILLO DE CARISBROOK, EN LA ISLA DE WIGHT

su padre, iba palpitante de gozo á convertirse en su esposo.

Su vida sólo se alteró cuando un año despues, al grito agudo de los pájaros que atravesaban el aire por encima de la cabaña buscando sus nidos, se unió el vagido de un niño que saludaba á la vida cuando aquellos saludaban á la primavera.

V

La vida es siempre la misma en todos tiempos y en todas partes. En las edades más remotas como en la época presente, en el bullicio de las ciudades como en la más apartada soledad, el hombre experimenta las mismas pasiones, idénticos sentimientos luchan dentro de su corazón, y los mismos impulsos rigen su voluntad.

Volvía Andrés á su cabaña, rendido de haber corrido todo el día por ásperas sendas y frías cimas, con la escopeta al hombro y el paso lento del hombre fatigado.

La diáfana luz crepuscular luchaba ya con las tinieblas, y sólo el resplandor pálido de la nieve alumbraba el camino. El velo opaco de la noche, azulado por la distancia, daba á los valles la profundidad de abismos. La brisa helada movía las ramas de los árboles con rumores pavorosos.

El semblante sombrío de Andrés, más sombrío todavía que de ordinario, se inclinaba sobre el pecho, marcando en la contracción de sus músculos el tormento que daba á su alma la persistencia de un pensamiento penoso.

Y este pensamiento, oculto en su mente y que le envolvía en un indefinible velo de tristeza, rodaba al rededor de su imaginación, tocándola apenas, imperceptible é indeterminado, y del cual se adivinaba la presencia más bien que se advertían las formas.

Ningun pesar afligía el alma de Andrés; su espíritu no había sido perturbado por ningun acontecimiento, no ya amargo, pero ni siquiera penoso.

Impregnado en la inalterable majestad de la naturaleza que le rodeaba; endurecida su alma como la cera modelada que se enfria, en la perpetua sobriedad de su vida de cazador, su carácter había adquirido algo de la grandeza austera de las montañas, y vivía sereno é impávido como el torrente helado que hacia brillar al sol su inmenso cristal.

Pero, ¿quién podrá decir de dónde viene esa sombra, ese vapor cuyo solo contacto estremece al alma, y que se llama presentimiento?

Como el murciélago que en la opaca sombra que reina bajo las copas de los árboles, deja sólo adivinar su presencia por el eco lúgubre de sus chillidos ó por el roce de sus alas entre las hojas, sin que las curvas que traza su vuelo puedan ser vistas sino cuando atraviesa rápidamente los claros de las ramas por los que penetra la luz de la luna, así un pensamiento vago viene á envenenar nuestra alegría, poniendo ante nuestra vista un velo de opaca tristeza.

Nada podemos decir de él; lo sentimos; está allí: ¿qué es? no lo sabemos; ¿de dónde viene? lo ignoramos; ¿qué nos dice? Sólo percibimos de su lenguaje la triste entonación que nos anuncia una desgracia.

Y como los primeros estremecimientos de la fiebre hacen circular el frío por todo nuestro cuerpo, así el presentimiento hiela el alma, haciéndola agitarse con los primeros estremecimientos del terror.

En esta disposición de ánimo caminaba Andrés. Esperábase en su cabaña el buen fuego, la abundante cena, los besos de su hijo, el rostro alegre de su mujer, y sin embargo, todo lo veía como á través de un velo de tristeza, y su alma temía y no sabía qué.

Al volver un recodo del camino divisó su casa. El rojizo resplandor del fuego marcaba vigorosamente sobre el suelo el cuadro luminoso que dibujaba la puerta abierta.

Pero Andrés no oyó los gritos alegres del niño, y buscó en vano la silueta de Irene que acostumbraba á esperarle sobre el dintel.

Fuera por cansancio, fuera por sorpresa, Andrés se detuvo.

Una ráfaga de viento trajo entonces á su oído un sonido extraño, pavoroso como una amenaza, estridente y agudo como una risa burlona, tenue y rápido como un gemido.

Aquel sonido que no era sino algunas notas arrancadas á un violín, denunciaban la presencia en aquella soledad de un sér humano que no era Irene ni su hijo.

Andrés entró en la choza: el fuego se extinguía, el niño dormía en la cuna.

FÉLIX REV

(Continuará)

LA CIENCIA ANTIGUA

Continuando la serie de artículos que hemos comenzado á publicar sobre ciencia antigua, damos ahora otro no menos curioso é interesante que los anteriores.

Constrúyanse en la antigüedad ciertos altares provistos de un mecanismo dispuesto de tal modo, que ofrecían á los fieles espectáculos verdaderamente admirables. Tales es el que nos describe Heron.

CONSTRUIR UN ALTAR DE TAL MODO QUE CUANDO SE ENCIENDA FUEGO ENCIMA, LAS PEQUEÑAS ESTATUAS QUE ESTÁN Á LOS LADOS HAGAN LIBACIONES (fig. 1.)

Sea un pedestal ABΓΔ en el cual se han colocado dos estatuas, y otro altar EZH cerrado por todas partes; el pedestal debe estar tambien herméticamente cerrado, pero comuníquese con el altar por un tubo central; atraviésale tambien el tubo ε Δ (en el interior del personaje de la derecha,) poco distante del fondo, y que viene á desembocar en una copa que la estatua tiene en ε. Se echa agua en el pedestal por un agujero M que se tapa en seguida.

Si se enciende, pues, fuego sobre el altar, sucederá que el aire interior dilatado penetrará en el pedestal, expulsando el agua, pero no teniendo ésta más salida que el tubo ε Δ, sube á la copa, y la estatua hace así una libación. Esto dura mientras hay fuego, y cuando se apaga, la libación cesa, comenzando de nuevo cuantas veces vuelva á encenderse.



ORILLAS DEL LAGO, cuadro por F. Lematte

Es preciso que el tubo por donde se debe introducir el calor, sea más ancho en el centro, pues el calor, ó más bien el soplo que produce, se debe acumular en una dilatacion para producir más efecto.

Segun el padre Kircher, un autor á quien llama Bitho

refiere que en Sais habia un templo de Minerva en el cual veíase un altar en el que, cuando se encendia fuego, Baco y Diana derramaban leche y vino; miéntras que un dragon en forma de gavilan producía un silbido.

«Así es como Baco y Diana, añade el P. Kircher, parecían derramar, el uno vino y la otra agua, y el dragon aplaudir su acto con silbidos. Como el pueblo que presenciaba este espectáculo no veía lo que pasaba en el interior, nada de extraño tiene que lo atribuyera á intervencion divina. Sabido es, en efecto, que á Osiris ó Baco se le consideraba como el inventor de la vid y de la leche; que Isis era el genio del agua del Nilo; y que la serpiente, ó buen genio solar, era el principio de todas estas cosas. Como además se debía hacer sacrificios á los dioses para obtener estos bienes, el derramamiento del vino y de la leche, ó del agua, así como el silbido de la serpiente, tan pronto como se encendía la llama del sacrificio, parecían demostrar claramente la existencia de los dioses.»

El sabio jesuita tenia en su museo un aparato análogo, procedente sin dudá tambien de un templo egipcio de la antigüedad.

Componíase de una cúpula hemisférica hueca, sostenida por cuatro columnas y colocada sobre la estatua de la diosa de numerosos pechos; á dos de las columnas se adaptaban brazos móviles, en cuya extremidad fijábanse lámparas; y el hemisferio se cerraba herméticamente de bajo por medio de una plancha metálica. Despues se llenaba de leche el pequeño altar que sostenía la estatua, con cuyo interior se comunicaba por un tubo que llegaba casi hasta el fondo. El altar se comunicaba tambien con la cúpula hueca por medio de otro tubo dos veces encorvado. En el momento del sacrificio encendíanse las dos lámparas volviendo los brazos de tal modo que la llama fuese á calentar la plancha inferior de la cúpula. Dilatándose el aire encerrado en ésta, salía por el tubo XM (figura 2), comprimía la leche encerrada en el altar y hacía la subir por el tubo recto hasta el interior de la estatua, á la altura de los pechos. Una serie de pequeños conductos, entre los cuales se dividía el tubo principal, llevaban el

líquido hasta los pechos, de los cuales salía fuera, con gran admiracion de los espectadores, que creían ver un milagro. Terminado el sacrificio, apagábanse las lámparas y la leche dejaba de correr.

A. R.



Fig. 1.—ALTAR MARAVILLOSO



Fig. 2.—ESTATUA MARAVILLOSA DE CIBELES

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografias que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PREENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentacion*, 2 tomos. — *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON